

# A C T I T U D E S

## AMOR Y MUERTE

Por ILDEFONSO-MANUEL GIL

Fu  ella quien ech  al buzón las dos cartas. Antes de dejarlas caer, estuvo un momento con el brazo extendido, contemplando su mano y los dos sobres. Se daba cuenta de la importancia que tenía ese instante en que sus dedos iban a perder su contacto con el papel. Y era curioso pensar que con ese gesto iniciaba una serie de hechos que no dejar an de suceder, pero que se desarrollar an en un tiempo en que ni ella ni Juan, las dos personas que las habían escrito, vivir an ya.

El último reparto era a las siete de la tarde. Dentro, pues, de una hora un cartero llevar a a su casa una de estas cartas. Vocear a el nombre desde el patio; bajar a a recogerla su madre, renegando de tener que volver a bajar y subir tantas escaleras. Llevar a el delantal de cocina, recogido en el talle por una de sus puntas, y esas zapatillas reventadas que arrastraba por toda la casa.  Habr a sido hermosa alguna vez? Seguramente lo fué en su juventud, hace ya muchos años. Pensándolo, sintió una ternura que no sentía al verla tan gastada, tan mal vestida, sumida en los interminables quehaceres de la casa, sacrificándose por su marido y sus hijos, pero envileciendo su abnegación con sus reniegos, su mal humor, su fácil cólera. Para rechazar esa ternura, crisp  sus nervios. Las cartas cayeron. Qued  todavía un momento parada, frente al buzón.

Juan la cogió del brazo. Caminaron hacia la parada del tranvía, en silencio. Angelines seguía pensando en la carta. Su madre mirar a el sobre; como no sabe leer, no se dar a cuenta de que era letra de su hija.

Guardaría la carta en el aparador de la cocina. Seguramente sería Enrique quien, antes de llegar padre, reconocería la letra. Su madre y él se mirarían sorprendidos. Un momento no sabrían qué hacer. Después, ante un gesto imperioso de madre, abriría el sobre y comenzaría a leer en voz alta. De pronto, se callaría. Sus ojos se inmovilizarían sobre el papel, agrandados por el susto; después, mirarían temerosos a su madre. No podría hablar, vacilando en la elección de palabras. Y su vacilación le llevaría a decir crudamente:

— Angelines se ha matado, se ha matado con ése.

«Los veo a los dos, bajo la luz, junto al fogón en el que estará empezando a cocerse la verdura de la cena. Madre con las manos cruzadas sobre el abultado vientre; Enrique, sosteniendo la carta: los dos en silencio, como si esas terribles palabras los hubiesen arrojado fuera del mundo, incapaces de reaccionar, de admitir que esa carta escrita por mí se había desprendido de mi vida para continuarla, en cierto modo, después de la muerte. Mi madre no querrá creérselo y hasta la hora de la cena estará pensando todas las fuertes palabras que me dirá cuando yo llegue. Pero claro está que no llegaré nunca y esas palabras se le enconarán dentro del alma y le resonarán en los oídos cuando duerma, las llevará en punta dentro de su corazón mientras viva. Tal día como hoy, todos los años alguien me nombrará a la hora de la cena. Padre jurará y todos quedarán callados un buen rato».

Estaban ya en el tranvía, de pie en la plataforma posterior, juntos sus cuerpos desde los pies a la cabeza, silenciosos entre los apretujados viajeros. Todas estas gentes iban de una parte a otra, hablaban en voz alta, reían como sintiéndose seguros en la vida. Otras parejas disfrutaban el forzado contacto, alegres de poderse arrullar en público. ¿Era posible que el amor existiese con esa facilidad, entre disimuladas caricias, entre palabras vulgares que se iluminaban súbitamente y adquirían un maravilloso y falso significado?

Para ella y para Juan, el amor era una llaga abierta, una sed abrasadora, un tremendo dolor incontenible. Y siendo la única razón de su existencia, se alzaba sobre la vida, la rechazaba, le negaba todo sentido. Sus familias no les dejaban quererse. A los diecisiete años ya llevaba dos de riñas familiares, de encierros en su habitación los días de fiesta, de humillaciones y de golpes. Desde que a los quince años se hizo novia de Juan había conocido, simultáneamente y por causa de su amor,

la más maravillosa alegría y el más desgarrador sufrimiento. Y casi igual le pasaba a Juan. Claro que a un chico no se le pega por estas cosas.

Su amor había ido creciendo. Había podido más que todo. Pero ahora sus padres habían decidido mandarla al pueblo, a casa de los tíos. En el pueblo, las mozas van a buscar agua a una balsa que hay junto a la carretera. En verano, se retrasan allí, al anochecer, mientras los mozos mosconeán a su alrededor. De niña le gustaba estar horas y horas junto a la balsa, mirando al agua. La única casa que había al lado se reflejaba perfectamente y Angelines estaba mirando su reflejo hasta que alguien se asomaba a una ventana. Parecía que viviese gente en el fondo de la balsa y que salían desde allí dentro para asomarse a la tierra seca. Pero no había que mirar a la casa de verdad, porque entonces todo era como siempre y no valía la pena.

En el agua había también cientos de dichos que estaban siempre nadando de un lado a otro con sus largas patitas. Si se les decía «tejedor, tejedor, pare uno, pare dos», tirando una piedrecita al agua, se veía cómo salía uno de dentro del otro o de encima. Por eso se podía estar tanto rato sentada junto a la balsa...

«¿Por qué estaré pensando en estas tonterías? No debería pensar más que en mi muerte. Dentro de una hora, quizá menos, ya no viviré. En eso es en lo que tengo que pensar. Pero no puedo, no puedo pensar que estaré muerta. No me doy cuenta de lo que es eso, de lo que significa estar yo muerta. No veré las cosas, no oiré las palabras, no podré tocar, como toco ahora, la barra del tranvía. Claro que tampoco tendré miedo a mi padre, ni aguantaré los insultos de mamá. *Antes que con ése, prefiero mil veces verte muerta.* ¿Me verá o acaso no encontrarán nuestros cuerpos? Madre gimoteará, secándose los ojos con el revés del delantal. Padre seguirá emborrachándose. Cuando está borracho se le ponen los ojos rojos y aguanosos. Me gustaría saber cómo se ven las cosas y las caras con unos ojos así. Debo pensar en asuntos más serios. Juan me está mirando, pero no dice nada. ¿En qué pensará? Los hombres siempre parece que se dan más cuenta de lo que hacen. Y sus pensamientos, serán más importantes. Fué él quien primero pensó que no nos queda otra salida que morir juntos. En cuanto me lo dijo, vi que eso era lo que tenía que ocurrir. Juntos. Sí, vamos a estar para siempre juntos. ¡Cuánto lo quiero! ¿Podríamos haber llegado a ser él y yo como esa pareja que va sentada ahí con su niño? Me parece que el marido no piensa más que en el hijo, la mujer va como si estuviera de más. A mí no me qui-

tará nadie el cariño de Juan. Cuando estemos muertos ¿qué será eso del amor? Casi no lo sé bien ahora que estoy viva. Pero pronto acabará todo. Tengo ganas de acabar pronto, pronto, pronto...»

Juan había entregado a su novia las dos cartas, para que fuese ella quien las echase al buzón. Ni le había obligado a escribir la suya, ni le obligaba a echarlas. Angelines obraba libremente. Si quería, podía volverse atrás. Aunque la primera vez que se lo dijo había contestado que sí, le dejó cuatro días para pensarlo bien.

«Está dudando, tiene miedo, por eso se ha quedado así con la mano junto al buzón, sin soltar las cartas. Aun se va a echar a llorar en medio de la calle. No me extraña que tenga miedo, porque ella no se da cuenta de que después de todo es bien poca cosa lo que podíamos pedir a la vida. Aunque se vuelva atrás, yo lo haré de todos modos. Será peor y más difícil, pero lo haré. Se va a volver atrás, tiene miedo, está a punto de llorar. Ya las ha echado. Habrán caído juntas, pero pronto las separarán. A nosotros no podrán separarnos. Lo que quede, ya no seremos nosotros. Una vez vi sacar del río un ahogado. Estaba horrible y así estaremos Angelines y yo. Bueno, no es que estaremos, es que nos verán así. Resultará impresionante vernos muertos y abrazados. Dirán: *Qué jóvenes eran, pobrecitos, tenían toda la vida por delante*. Pero yo sé que lo que teníamos por delante era bien poca cosa. Esa pareja que va ahí, con su crío. Se les ve a los tres el hambre y él se deslomará trabajando. Siempre estarán de mal humor y el niño llorando y meándose por los rincones. Angelines y yo nos vamos a librar de todo eso. Es mejor así. Cuando bajemos del tranvía sólo faltarán unos minutos. Antes de lo último, debíamos de... Pero no hay que pensar en eso. Sería una cosa sucia e inútil. Es mejor acabar cuanto antes. No creo que haya nadie en la orilla del canal; lo peor sería que nos sacasen a medio ahogar. Hay que asegurarse bien. Desde que pensé en lo que vamos a hacer, no se me ha quitado un momento de la cabeza. Y no tengo ningún miedo. Morir no es nada. ¡Vaya lección que les vamos a dar a todos! Chillarán como ratas. Si nos hacen entierro, tendrá que ser a horas distintas, claro. Si no, aun se liarán a palos las dos familias. Una vez vi una riña de dos familias y hasta los críos se liarón a golpes. Eran gentes del barrio, pero parecía que se habían vuelto gitanos. Si yo tuviera madre, puede que me diese mucha pena morir. No me gustaría hacerle llorar a mi madre. Pero a lo mejor me daba igual. Angelines tiene y no le importa. Bien empleado le estará a la vieja, que es quien más culpa tiene. Sus vecinas

la pondrán de vuelta y media, porque siempre se sabrá algo de lo de las cartas. Y la gente se pondrá a nuestro favor; es lo que pasa siempre con los muertos. Ese hombre de la bicicleta parece que va a escupir los pulmones. ¿Pasará mañana a esta misma hora por aquí? Que pase o no, a mí no me importa nada. Unos irán y otros vendrán, pero yo no tendré ya que ver con nadie. Van tan tranquilos todos, como si no se tuvieran que morir también. Todos iguales, amigo, todos iguales. Ya puedes pedalear de firme, que no te escaparás. Por eso me gustó pensar en lo que vamos a hacer. Es una suerte que Angelines pensase lo mismo. Dentro de un rato, liquidado el asunto. Y nadie se habrá salido con la suya. Ni siquiera nosotros...»

El tranvía llegó a la parada final. Iba ya casi vacío; sólo algunos obreros que vivían en las parcelas del otro lado del canal. Las parejas de novios habían bajado en la entrada del parque. Juan y Angelines pensaron, viéndolos, en las muchas veces que ellos siguieron esa misma ruta propicia. Pero todo eso quedaba más atrás en el tiempo que en el espacio, como si les hubiese pasado hacía más años de los que tenían.

Torcieron a la izquierda. Poco más lejos comenzaba el campo. Cruzaron un ribazo y empezaron a subir la colina; en la ladera estaba el canal. Desde la cima podían ver a un lado la ciudad, que comenzaba a encender sus luces, y al otro la estrecha franja de agua. Siguieron caminando, en silencio, muy juntos, enlazándose ambos por el talle, cogidas también las otras manos.

La muchacha se soltó y cogió una ramita de tomillo en flor; la olió ávidamente y se la hizo oler a su novio. Después la tiró y volvieron a cogerse del talle.

«He tirado esa ramita, pero mejor hubiera sido volverla a oler. Es la última vez que disfruto de algo. Luego, ya no habrá flores ni habrá nada. Después de todo, no se pierde gran cosa. A mi madre le ha debido de quedar muy poco tiempo para andarse con flores y cosas así. Te quiero, Juan, te quiero, pero ahora ya no hace falta decírtelo. Ya vamos a llegar. ¿Qué va a pasar, Dios mío? Pero no se piensa en eso, no se piensa, no se piensa...»

Descendían la colina. Dentro de pocos minutos estarían ya junto al canal. Juan recordó que aquella mañana había comprado por primera vez en su vida un paquete de tabaco rubio. Casi no le quedaban ya

cigarrillos. Era estupendo lo buenos que eran y no tener que hacerlos. Sacó uno. Se detuvo un momento para encenderlo, mientras Angelines cogía una rama de tomillo. Se acordó, de pronto, de que siempre había oído decir que a los condenados a muerte les daban un cigarrillo. El último regalo de la vida, tan insignificante como la vida misma. El último pitillo. También Angelines iba a lo mismo que él. Justo es que tuviese su cigarrillo. Se lo ofreció, sin pensar que nunca había fumado y lo pensó al mismo tiempo que se sorprendió de que lo aceptase. ¿Acaso ella iba pensando en lo mismo? Le dió fuego y la muchacha empezó a toser.

«Pobrecilla, este humo tan suave le hace toser. Peor será luego. Sí, mucho peor. Yo debía matarla antes para que no padezca tanto. Pero sé que para eso no tendría valor. Seguro que no. Además pensarían luego que la había matado sin su consentimiento. Es natural. Y lo que hace falta es que nos matemos juntos, abrazados, que vean bien que nos matamos porque nos queremos más que a todo. Ojalá lo hubiésemos hecho ya. ¿Tendrá miedo Angelines? ¿Tengo miedo yo? Mejor es no pensar en nada, no pensar...»

Inconscientemente sus pasos se fueron haciendo más lentos. En este instante, toda la injusticia, toda la incomprensión del mundo, toda la mezquindad de la vida, gravitaban sobre los dos jóvenes. Y sin embargo no había en ellos ningún gesto de rebeldía. Ni siquiera tenían miedo. Habían planeado tan minuciosamente lo que iban a hacer, que en sus pensamientos era casi como si lo hubiesen hecho ya.

En la orilla, al borde mismo, se detuvieron. La soledad del campo tenía una grandeza abrumadora. Era un atardecer hermoso para todo, incluso para morir. Se besaron con la misma pasión de siempre, sin ansia ni amargura. Abrazada a su novio, la muchacha notó que él andaba en raros manejos y sintió una fuerte opresión en su cintura. Entonces recordó que habían decidido echarse atados, para que la corriente no los separase. Ya estaban enlazados por una fuerte cuerda. Nadie los podría separar. En una tarde como ésta, bajo esta indecisa luz y este silencio, era hermoso morir por amor. El amor podía más que la vida y más que la misma muerte. «¡Perdóname, Dios mío!», pensó la muchacha en el mismo instante en que se sintió lanzada al agua.

Los encontraron dos días más tarde, aguas abajo, ante el rastrillo de un molino. Más de un cadáver habían sacado ya de aquel sitio, pero

nunca sintieron una impresión tan fuerte, tan desoladora, como al ver estos dos ahogados, casi unos niños.

Los dos cuerpos, atados, cobraban una trágica grandeza. Verlos tan jóvenes era algo que hacía rechinar los dientes y maldecir de todo. En estos dos cadáveres que una cuerda mantenía unidos por la cintura, había algo extraño, confuso, que despertaba hasta en los hombres un sagrado pudor. Era como si algo vivo, pero misterioso e inaprehensible, quedase todavía en ellos. Fué eso lo que hizo a la molinera cubrirlos con una vieja manta, apenas los sacaron del agua.

Resultaba fácil comprender que se habían matado por amor. Se hablaría durante mucho tiempo de estos enamorados, y muchas gentes, bien arrellanadas en la vida, darían gusto a su sensiblería, evocando al amor vencedor de la muerte. Pero los que tuvieron que acercarse más a los novios ahogados—el juez, el forense...—pudieron ver que sus rostros, sus cuellos, sus manos, estaban marcados por terribles mordiscos y arañazos. Un mechón de pelo de la muchacha estaba casi arrancado, sujeto sólo por un trozo de piel desgarrada.

Era horrible pensar que habían muerto odiándose, lanzados ferozmente el uno contra el otro por las hondas raíces de la vida. Era angustioso pensar que todo había sido inútil, que si la vida careció de sentido para ellos, mucho más sin sentido se les habría aparecido la muerte en su última y también inútil consciencia.

La luz de otro atardecer de octubre se velaba sobre las orillas del canal. Lejos, hacia los viñedos, cantaba un hombre. Su canción, cuyas palabras no se entendían, parecía tan elemental y tan antigua como la canción del agua entre la tierra y bajo el cielo. El silencio se hizo después más hondo y parecía pesar sobre el campo como los nubarrones bajos de una mala tormenta.